

Editorial Marzo de 2012

Educación para la Vida y el Amor

En esta nota editorial de marzo queremos irnos preparando para la Junta Nacional que nos convocará los días 20, 21 y 22 de abril próximo. Uno de los temas de reflexión e intercambio pastoral que abordaremos será el de la relación de padres e hijos, autoridad y transmisión de valores (2º cauce pastoral del documento de la CEA, "Aportes para la Pastoral Familiar...").

De allí estos breves comentarios sobre la educación, que nos animen a profundizar y recrear nuestro quehacer pastoral.

Comencemos por el principio. Educar no es imponer, plasmar algo exterior en el otro, sino es la delicada tarea de ayudarlo a descubrir sus propias potencialidades, lo que tiene en sí mismo de riqueza y de don. O en términos evangélicos, sus "talentos" (Mateo 25, 14-21).

Hoy, como padres, educadores y agentes de pastoral, tenemos la misión de ser firmes y dulces pedagogos de la Vida y el Amor, los dos valores fundantes de la persona humana y de sus relaciones.

Esto, en el claroscuro de un ambiente que muchas veces no favorece la encarnación de estos valores y, más bien, los distorsiona o los separa –que es otra forma de distorsionarlos-. Porque Vida y Amor deben andar juntos por la existencia: la vida que será plena si se encuentra con el amor; el amor que cuida y promueve la vida. Pero para esto debemos, desde las familias y los demás grupos primarios, favorecer una cultura del don, que sabe recibir y valorar la vida y el amor como regalo, como lo gratuito por excelencia, sin empañar la visión con una mirada utilitaria que ve al otro solamente como alguien que me gratifica o defrauda, que puedo usar y descartar a la manera del mundo del consumo.

Romano Guardini se preguntaba ¿cómo se educa?. Y respondía: primero, con lo que se es; segundo, con lo que se hace; y tercero, con lo que se dice. ¡Qué vigencia tiene para nosotros, aquí y ahora, este orden de prioridades!, en el que no se descarta nada, pero se jerarquizan las cosas a partir del testimonio de cómo vivimos y cómo amamos nosotros, los padres, los maestros, en fin, los educadores.

Tomemos unos pocos ejemplos:

1. Debemos ejercitarnos en la veracidad, la honestidad, la generosidad en nuestro trato con los demás si queremos "irradiar" esos valores a nuestros hijos. Ellos asimilan como el pan caliente los buenos...y los malos ejemplos.
2. Nuestros hijos necesitan experimentar la firmeza de los límites y, para ello, reclaman –aún sin saberlo- el ejercicio imprescindible de nuestra autoridad; aunque siempre a partir de un paisaje afectivo y espiritual positivo, luminoso, en el que el SI a la vida y a los amores genuinos tenga primacía.
3. Es sano y bueno que aprendan a postergar sus gratificaciones como modo de valorar lo que son y lo que tienen. Así irán desarrollando una cultura del esfuerzo que les será muy necesaria para su vida futura.
4. La libertad, don precioso de Dios y cuyo ejercicio pide gradualidad, será auténtica y no mera apariencia en la medida que aprendan a conectarla con la verdad y la pongan al servicio de aquellos dos valores.
5. La sexualidad –otro de los valores fundamentales de la persona- no puede quedar reducida a un manual de información o a un planteo meramente higienista de la utilización de la genitalidad, sino que encontrará su lugar exacto para la plenitud humana si se la sitúa en un proyecto genuino de vida y de amor entre varón y mujer.

En estos pocos ejemplos puede visualizarse la necesidad y vigencia de una transmisión concreta y encarnada de los valores, en la que debemos estar seria y gozosamente comprometidos los padres y educadores, a partir del ejemplo y la palabra.

Juan Manuel Ojea Quintana